

LA FOTÓGRAFA DEL PÁNICO

(ACCÉSIT PREMIOS TANINOS ASESINOS 2025)

Ángela Martín del Burgo

LA FOTÓGRAFA DEL PÁNICO

(ACCÉSIT PREMIOS TANINOS ASESINOS 2025)



Bohodón Ediciones

La fotografía del pánico

Primera edición: junio de 2026

© De la obra: Ángela Martín del Burgo

© Bohodón EdicionesTM S.L.

www.bohodon.es

Avenida Ensanche de Vallecas 42

28051, Madrid

e-mail: ediciones@bohodon.es

ISBN-13: 979-13-87719-68-5

ISBN E-book: 979-13-87719-69-2

Depósito legal: M-14495-2026

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

El asesinato en sí es fácil y sencillo. Lo difícil es ocultarlo.

Agatha Christie: *El misterio de Pale Horse.*
(*The Pale Horse*).

Resulta extraño que los hombres, habitantes durante tan breve tiempo en un mundo tan extraño e inhumano, se compliquen la vida hasta causarse semejante desdicha.

Somerset Maugham, *El grano ajeno.*

ÍNDICE

Primera parte	13
I. Marcelo Leal	15
II. Visita a la Residencia	20
III. Un lied romántico	24
IV. En el tren	29
V. Gijón	33
VI. El rumor del oleaje	36
VII. Entre tinieblas	41
VIII. Andrea	45
Segunda parte	49
I. La fotografía del pánico	51
II. Torre de marfil	55
III. Caballo blanco	58
IV. Sara, la pelirroja	61
V. Negacionistas	65
VI. Rosa, la asistente social	68
VII. Fotografías del pánico	72
VIII. Imaginaciones	79
IX. El comisario Jaime Morales	84

X.	En la colonia El Viso	88
XI.	El horror en el arte	94
XII.	Ildefonso	100
XIII.	Ana	103
XIV.	La embestida del tiempo	106
XV.	Puente de Vallecas	108
XVI.	En la comisaría	112
XVII.	Estación de Antwerpen Centraal	115
XVIII.	El Club del Diamante	121
XIX.	Duque de Amberes	125
XX.	Le Royal Café	131
XXI.	Carbayones de Oviedo	134
XXII.	Dom Pérignon	144
XXIII.	Regreso a Madrid	149
XXIV.	En penumbra	152
XXV.	Una mordaza	156
XXVI.	Un secuestro voluntario	159
XXVII.	Compro oro	166
XXVIII.	Un cadáver tras la ventana	173
XXIX.	Siempre era de noche	179
XXX.	Rojo de esmalte de uñas	181
XXXI.	Caminos sin destino	184
XXXII.	Johnnie Walker	189
XXXIII.	Plaza de Felipe II	198
XXXIV.	En el sótano	202
XXXV.	La segunda puerta	208
XXXVI.	Entrevista con la asistente	212
XXXVII.	Hotel Miguel Ángel	217
XXXVIII.	La llave secreta	223
XXXIX.	Masaje tailandés	227
XL.	Un revólver	234
XLI.	Un cadáver más	238
XLII.	El sueño eterno	245

XLIII.	¿Chantaje?	249
XLIV.	Algo así como vértigo	254
XLV.	El diamante púrpura	258
XLVI.	Mandatarios del mal	263
XLVII.	La fotografía de la Residencia	268
XLVIII.	Las flores del mal	276
XLIX.	En el despacho del gemólogo	282
L.	Coronavirus y diamantes	286
LI.	La misteriosa apertura de la segunda puerta	290
LII.	Cadáveres	298
LIII.	Enemigos	302
LIV.	Diamantes en silla de ruedas	305
LV.	El hombre del maletín	309
LVI.	La mantis religiosa	312
LVII.	Deseos amargos	317
LVIII.	En la comisaría del Distrito Centro	327
LIX.	Perfume, revólver, diamantes, Johnnie Walker y calibre 44 Magnum	331
LX.	Las puertas de la muerte	337
LXI.	Un sujeto y un destino	343
	Epílogo	359

PRIMERA PARTE

I

MARCELO LEAL

Hacía tiempo que habíamos hablado de pasar una temporada juntos, por breve que fuera, y la llamada de un amigo me hizo configurar unos planes con celeridad.

«Te dejo mi apartamento para cuando quieras».

«Te lo alquilo», respondí.

«Con precio de amigo», añadió.

Si media la amistad, todo es distinto. Él pensaba marchar fuera de España. Iba a visitar a la familia en Amberes.

«De puerto a puerto».

«¿Cuándo marcharás?».

«Dentro de dos semanas, el apartamento quizás pueda ser tuyo».

«¿Y regresarás?».

«Tómate tu tiempo. No hay prisa. Cuando partes, no es bueno hacerse una idea de la vuelta. Se marcha como se marcha a la muerte, sin volver la vista atrás, soltando amarras».

Sonreí.

«Soltar amarras es grave».

«¡Cómo se nota que no te gusta navegar! Yo me he pasado la mitad de la vida en el barco. ¿Has olvidado que he sido marino mercante?».

«En absoluto, recuerdo muchas de las historias que me contabas. No eran de olvidar».

«Dejé de navegar, pero me restó la querencia por los puertos».

«Compraste el apartamento en Gijón poco después de que dejaras la vida en el mar».

«Eso es. Un apartamento frente a la playa de San Lorenzo. Tendido en la *chaise longue* del salón frente al ventanal o sentado en el sillón del mirador escuchaba sin interrupción el rugir del mar. Cuando iba de un sitio a otro por la estancia, podía hacerlo con la cabeza gacha, pues el sonido del mar me transportaba a tantas aventuras; tanta belleza había en él, me sugería tantos momentos por los que podía volver a transitar, que recorría de nuevo como si fuesen huellas entrelazadas».

«Yo te cedo mi piso en Madrid a cambio».

«Gracias, pero ya conoces mi afición a los puertos. Si dejo Gijón no es para ir a Madrid. En otro momento entonces. Te tomo la palabra».

Quería mucho a Arturo y le agradecía de buen grado estos gestos, a los que, aunque él se resistiese, a mí me gustaba corresponder.

De modo que podíamos pasar una temporada juntos. Dentro de dos semanas el apartamento quizás pueda ser tuyo, me había comentado. Era tiempo suficiente para hacer planes. Yo podría ir a su encuentro y traerla; una vez aquí, acondicionaríamos su estancia lo mejor que estuviese en mis manos. Imaginé la llamada. Me asustaba que se mostrase arisca; a decir verdad, siempre me ha asustado el verla así, cuando la soledad le configura un mundo a solas, lejos de todos, y la realidad de fuera siempre se le manifiesta hostil. Que estuviese en aquel Centro Social Sanitario no era sino casualidad. Una caída intempestiva, la consiguiente torcedura de tobillo y la confirmación de

la rotura del hueso tras la auscultación. Busqué un centro en el que pudiesen atenderla. No tardé en encontrar uno con servicio de fisioterapia en la página de Internet de su seguro médico. Apenas le pregunté si le parecía acogerse en él para pasar el tiempo oportuno a su restablecimiento. Le pondrían una escayola y sería necesario utilizar una silla de ruedas para los desplazamientos. Mi madre tiene setenta y cinco años, pero siempre que hablo de su edad, añado, para que no quede lugar a dudas, que su físico es espléndido. Su piel, fina y casi sin arrugas, desdice de la edad. Lo más complicado es su temperamento. Lo hostil del mundo a veces se le agrava tanto que todos resultamos ser sus enemigos. ¿Incluso sus hijos?, me preguntaron en una ocasión; a lo que no tuve más remedio que responder que sí, que así era; incluso sus hijos en momentos tales eran para ella gente hostil.

—Cuando murió vuestro padre, me quedé sola. Los hijos vuelan. Son hijos de la vida más que tuyos y la vida los arrastra como hojas al viento.

La poesía y la extravagancia la arrastraban a ella. No le gustaba hacer concesiones. «No exageres, mamá», le decíamos tantas veces.

—¿Acaso decir la verdad es una exageración?

Y mi hermano:

—Mamá es toda una filósofa. Se atreve con la verdad, no solamente a pensarla, sino también a vivirla, y la instaura en medio de su propia vida.

Hablé con él para darle noticias del apartamento en Gijón y de la estancia que pensaba pasaríamos en él.

—Me traeré a mamá. Le gustará mucho ver el mar desde el mirador y los paseos en silla de ruedas a lo largo de la playa de San Lorenzo.

—Los tiempos que se avecinan son malos.

—Por eso mismo. Hay que prepararse.

—Están hablando de confinar Madrid.

—De momento, todo son rumores.

—Sí, pero ya sabes que cuando el río suena... —Y tras una pausa—: ¿Le has preguntado a ella? Antes de cualquier preparativo, debieras consultarle.

—Marcharé a Gijón. Acondicionaré el apartamento y luego me la traeré.

—Puedo echarte una mano.

—Bienvenida sea. ¿En qué sentido?

—En hacer el recorrido y ser yo quien la lleve. —Y, ante mi asombro, siguió explicándome—: Puedo viajar de Bilbao a Madrid. Estar allí unos días. Recoger a mamá y entregártela en Gijón. Desde Gijón regresaría a Bilbao. Todo ello sin detención alguna.

—Entregármela como si fuese un paquete —solté con ironía.

—Dilo como quieras. Tienes que reconocer mi esfuerzo. Mis condiciones de vida no me permiten traérmela a Bilbao, pero colaboraré de la manera que te digo.

Sabía que su mujer, mi insigne cuñada, no sería nada propicia a la estancia de su suegra en casa, pero tenía que reconocer que Juan Luis quería echar una mano y, entre unas idas y otras, no escatimaría esfuerzos.

Acabada la conversación telefónica, me dirigí a mi despacho y me entretuve recordando Bilbao. Del Bilbao de niño, de pantalones cortos, a las temporadas que las últimas veces había pasado como turista visitándola. Mi padre había nacido en Bilbao; mi madre, en Madrid. La casa familiar se había vendido. Juan Luis compró otra, en el mismo muelle de la Sendeya, dado que su mujer también era bilbaína y por nada del mundo quería abandonar el lugar que la había visto nacer. A mí, la vida me había llevado hasta Madrid, donde también se habían establecido mis padres; en Madrid había fallecido

mi padre y su sombra protectora parecía proyectarse a un radio de amplitud suficiente sobre calles vividas y vueltas a recorrer, revividas con el halo de la nostalgia. En Madrid estaba mi madre y la vida pretendía continuar con el arraigo de unas vigorosas raíces. Mi madre me unía a la vida; le daba consistencia; la consistencia del roble, que tiene suficiente con arraigarse, transpirar y permanecer.

II

VISITA A LA RESIDENCIA

Fui a visitar a mi madre a la Residencia para darle a conocer nuestros planes. Las mascarillas acababan de establecerse en la vida cotidiana. Provisto de una FFP2, llamé al timbre de la puerta. La puerta cedió y pasé al interior. La recepcionista me llamó.

—Tiene que desinfectarse las manos con este gel.

Tomé el bote de plástico de color azul grisáceo del mostrador y me serví de él sobre la palma de la mano izquierda. Froté una mano con la otra. «También los dedos», dije a la recepcionista, que no dejaba de mirarme. «Voy a ver a mi madre», añadí. Ella no agregó palabra. Si iba a la Residencia, era para ver a mi madre. Otra cosa no podía pensarse.

Me dirigí al ascensor de la derecha y subí hasta la planta segunda. Llamé con los nudillos en la puerta de la habitación 274. «¿Quién es?», escuché desde dentro. «Soy yo, mamá». No respondió. Abrí la puerta. Ella estaba en la silla de ruedas junto a la ventana. Se había girado y me miraba.

—No me has respondido.

—¿A qué no te he respondido?

—Cuando he llamado y he dicho: «Soy yo, mamá».

—«Soy yo, soy yo...». Siempre estáis con lo mismo. ¿Quién es yo? Además, que con la máscara puedes ser yo, tú o él.

Eran sus maneras, su extravagancia, y no terminábamos de adaptarnos a ellas.

—Cuando queréis, soy yo, y cuando no, desaparecéis como si os hubiese tragado la tierra —continuó—. ¿Cuándo te vas?

—Estoy aquí, ¿no?

—Por poco tiempo. Y cuando no seas tú quien marches, seré yo, pero yo lo haré por siempre, definitivamente.

—¿*El viaje definitivo*?

—Lo diga Juan Ramón o lo diga san Pedro.

Nadie había leído más poesía que mamá. Había leído y había escrito. También yo había comenzado escribiendo poesía, pero cuando leía las suyas y me comparaba, ya sabía que estaba en desventaja; de modo que dejé de escribir poesía, no definitivamente, pero sí con el entusiasmo primero y sin ninguna regularidad. Y otros géneros me arrastraron.

—Todos entráis con la máscara y no hay quien os conozca. ¿A qué jugáis?

Me miraba con detenimiento.

—Al ser y al parecer —respondí, continuando con su pregunta.

—Aquí todo son apariencias.

—He venido a hacerte una proposición.

—¿A mi edad una proposición? Si es por parte de un hijo, sé lo que va a proponerme. Cualquier negocio en el que yo deba dar dinero, dinero a mansalva. Anda, quítate la máscara.

—¿No me reñirán?

—Aquí nadie puede decirte nada. Es mi habitación.

Toda una ingenuidad, pensé. Como si a los que mandan no les gustase entrar en todo tipo de espacios y receptáculos, y todavía más, en las conciencias. Me quité la máscara.

—Así te veo mejor. El mayor de mis hijos, el profesor, el soltero, el bohemio, el literato...

—No sigas, mamá. ¿Cuántas cosas soy, según tú?

—Muchas más. Anda, ven y dame un beso.

—¿Nos dejarán?

—No seas timorato. Para amar hay que ser valientes.

—Tú sí que eres literata. Siempre has sido una transgresora y has sido mi modelo.

—¿Por eso te has quedado soltero?

—Quizás, porque no he encontrado una mujer que te hiciese sombra.

—¿Y para qué querías que una mujer me hiciese sombra, si yo no necesito la sombra de nadie para nada?

Me había acercado a ella. Me coloqué a sus espaldas y miré por la ventana a través de la cual, instantes antes, ella había estado mirando. Una calle estrecha y de poco tránsito. Si pasaba alguien, lo hacía enmascarado, aumentando la extrañeza. Agaché la cabeza y la besé en la mejilla, por detrás.

—Vas a contagiarme —dijo y sonrió.

Llamaron a la puerta. Entró una mujer joven, demasiado pizpireta para el lugar donde nos encontrábamos. Con la cabeza gacha, besaba a mi madre casi a ras de la oreja y mirábamos a la intrusa, que se detenía en nosotros.

—Veo que se encuentra bien, doña Magdalena. —E hizo amago de salir y cerrar la puerta, pero al poco la volvió a abrir—. ¿Y las máscaras?

—No se preocupe. Es mi hijo.

—Sí, pero en estos momentos no viven juntos.

—Hasta luego —la despidió mi madre—. ¿No la recuerdas? —me preguntó cuando la mujer se fue—. Estuvimos en su despacho cuando me acompañaste a firmar el contrato de ingreso y estampaste tu firma junto a la mía.

—¡Ah!, sí. Es la asistente social. ¿Sabes qué me sorprendió entonces?

—Dime.

—El despacho donde nos recibió, ni el de Ayuso. Y seguro que más amplio y pomposo que el de la propia directora.

—Te fijaste en el despacho y no en quien nos recibía. Eres atolondrado, hijo mío. Siempre con tus cosas. Además, eres novelista y para eso tienes que tener serpientes por cabellos como las gorgonas.

—Dirás cien ojos como el gigante Argos.

Si alguien era exagerado, era mi madre.

—¿Qué hay de esa proposición?

—Te vendría bien pasar una temporada conmigo. Un amigo me ha prestado su apartamento en Gijón.

—¿Y no tienes ninguna mujer mejor que yo para pasar la temporada?

—Ninguna, mamá.

III

UN *LIED* ROMÁNTICO

Acordamos que yo marcharía solo a Gijón y Juan Luis alguna semana después viajaría hasta Madrid y llevaría en su coche a mamá hasta Asturias. «Yo iré acondicionando la casa», les dije.

En Madrid, el clima social se iba enrareciendo. En los autobuses interurbanos, en el metro, en el transporte público en general se escuchaban toses, toses desgarradoras, toses que se encadenaban y entrelazaban unas con otras. Una noche me hallaba en la cocina de casa recogiendo la frugal cena —siempre las cenas son frugales cuando se hacen en solitario—, cuando el estallido de una tos masculina a través de la pared de casa con la del piso colindante me sobresaltó. Era una tos dolorosa, patética, que quebraba el alma, y que parecía no tener fin. Los periódicos hablaban de Wuhan; decían en portada que no se podía repetir lo de Wuhan; pero, ¿esto que estallaba en Madrid qué era? Al parecer, Wuhan estaba lejos. En el mundo globalizado en que vivimos nada queda lejos, se han perdido las distancias, todo se halla aquí y ahora. Los aviones continuaban cruzando el espacio sobre nuestras cabezas. Nada había quedado interrumpido. ¿Qué estaba lejos? Solamente la verdad quedaba lejos, como siempre.

Cogí el ordenador y saqué un billete de tren en el Albia con destino Madrid Gijón. En estos momentos no disponía de coche. «¡Eres un excéntrico, Marcelo!». Cuántas veces no me habían dicho lo mismo. He sido durante muchos años profesor, profesor de Enseñanza Secundaria. Las aulas atiborradas de alumnos y el estrés del horario laboral todavía me taladraban la cabeza. Nunca fue suficiente la enseñanza para mí; al tiempo que daba clases, escribía simultaneando las dos profesiones, hasta que me dije que tenía que elegir. Y me decanté por la segunda. Tuve un pequeño éxito con la primera novela publicada y gané una módica suma; a esta se sumó la herencia de parte de mi padre tras su fallecimiento. Como soy una persona de pocos gastos y de frugales costumbres, me dije que tenía con ello suficiente para vivir. El mayor tesoro es el tiempo libre y me dispuse a disfrutarlo.

Vendí el coche. Un coche siempre es caro de mantener y sus gastos no entraban en mi nuevo presupuesto. Así que, aun cuando ahora no fuese lo mejor del mundo viajar con mascarilla en un transporte público y con otros congéneres, no tenía más remedio que hacerlo así si quería ir de un sitio hacia otro.

Le di la llave a Amalia, mi gran amiga y compañera de docencia, para que me regase las plantas de mi ático en la plaza de Felipe II una tarde que estuviese libre de trabajo; ya saben, la ardua tarea del profesor.

—Me demoraré consultando tus libros en las estanterías.

—Puedes hacerlo con total tranquilidad. —Y, preocupación de bibliófilo, añadí—: Si no te importa, cuando cojas un libro, dejas una señal en la estantería en el lugar correspondiente y lo dejas anotado también en un folio sobre la mesa.

Escuché risas tras el teléfono.

—Como en la más escrupulosa biblioteca.

—Son mis pequeñas manías.

—No te preocupes. Me resultan encantadoras. Me gustan mis amigos maniáticos y tú ocupas el primer puesto.

Ahora era yo quien reía.

—¿En cuanto a amigo o en cuanto a maniático?

—En cuanto a las dos cosas.

Ya en el apartamento, la conversación transcurrió de manera distinta.

—Me voy a Gijón a acondicionar el apartamento que me ha prestado un amigo para que mi madre pase allí una temporada.

Noté en su silencio cierta extrañeza; el olor de las almendras amargas, hubiese dicho el escritor Gabriel García Márquez a propósito de los amores contrariados.

—Ya me gustaría ir a mí —soltó.

—¿Y las clases?

—Veremos en lo que acaban las clases.

—Nunca os dejarán libres. Se está poniendo de moda el teletrabajo.

—Pues teletrabajar con cada uno de los alumnos será toda una desesperación.

—Una explotación también.

—Tú siempre el más sincero. Ahora que ya no arriesgas... —y sonreía.

—Ahora que he conseguido la libertad. Que me han manumitido¹ —añadí—. Pero no olvides que era todo un contestatario cuando daba clases.

—Sí, tienes razón. Eso nadie te lo puede negar.

Eran las cinco de la tarde y le había preguntado si prefería tomar café o una infusión.

1 *Manumitir*: conceder la libertad a un esclavo. La *manumisión* es un acto jurídico del derecho romano por el cual el esclavo manumitido se liberaba y se convertía en un liberto. (Nota de la autora).

—Es la hora del té de las cinco, ¿no? Mejor un té, un té verde, si tienes. Para un café es tarde; luego me paso las noches en vela. Y no es eso lo mejor.

«¿De modo que me das permiso para revisar tus estanterías?». Escuché cuando me dirigía a la cocina para preparar los dos té verdes. «Claro que sí», respondí alzando la voz. Regresé con una bandeja con los té, pastas y dos pequeños vasos de agua.

—¿Qué te gustaría escuchar?

—Lo que otras veces.

Me dirigí a la cadena musical. No había olvidado que en su última visita habíamos escuchado *lieder* de Robert Schumann. Ahora nos hallábamos en marzo, marzo del año 2020, un año que se avecinaba complicado. Las gallardas flores de mi ático lo coloreaban de hermosas tonalidades.

—Recuerdo que uno de los *lieder* que escuchamos en veces anteriores era un poema del romántico Heine.

—Sí, tienes buena memoria.

—Recuerdo que decía:

*Y si me has amado, niña,
te daré todas esas flores
y delante de tu ventana
sonará el canto del ruiseñor².*

Amalia lo recitaba casi cantándolo.

—¿Sabes qué es lo que más añoro de las clases? —le pregunté.

—Dime.

—Recitar y leer en clase. Sobre todo, recitar poesía junto a los alumnos me encantaba. Eso ya no es posible. Tú puedes disfrutar todavía haciéndolo.

2 Traducción de Ángel Álvaro Martín del Burgo.

—También lo estoy haciendo ahora aquí, en tu estupendo ático. Quiero decir que tú podrías, de igual modo, aprovechar cualquier circunstancia; por ejemplo, cuando presentas un libro.

— Una novela.

—Sí, cada vez que presentas una novela, tienes una nueva oportunidad. Una oportunidad para hablar.

—Me queda la palabra.

Amelia, después de decir «¡aprovecho!», lo hizo efectivamente y se lanzó al recitado del poema de Blas de Otero.

—Lo he comentado tantas veces con los alumnos..., ¡y me gusta! Me gusta comentar este y otros muchos textos.

—Eres una buena profesora.

—Y tú, un buen amigo.

Tras los *lieder* de Schumann, escuchar a Amelia recitar tomando té verde era un verdadero placer. Le di la llave del piso.

—Ni lo dudes que voy a cuidar tus plantas; las cuidaré con verdadero esmero.

—No lo dudo.

—¿Cuándo regresarás?

—El futuro es incierto.

IV

EN EL TREN

El tren de enmascarados en el que subí partió de la estación de Chamartín de Madrid con destino a Gijón. Había sido precavido; reservé un asiento individual en clase preferente; de este modo, el enmascaramiento se completaba con una mayor distancia social. Términos todos que se iban incorporando a los usos y costumbres de la nueva época y, por tanto, al léxico de la misma.

Mi desconcierto chocó contra el pretendido asiento individual de mi elección, pues ya en el vagón busqué el número de asiento de mi billete y, frente a lo que había buscado y el ordenador me había expedido, vi que era uno de los de cuatro que se hallan separados tan solo por una mesa y, para más inri, uno de los dos que se encuentran de espaldas a la marcha del tren. Miré una y otra vez el número del billete impreso y comprobé que el que la realidad me ofrecía ahora era otro, junto a tres personas más y de espaldas a la marcha; de modo que no había distanciamiento social posible. No tuve más remedio que sentarme en él, donde el imperio de la realidad manda. Frente a mí, dos mujeres de mediana edad me miraban con la misma sorpresa y culpabilidad con las que quizás

yo también las mirara a ellas. Uno y otras éramos igualmente virus culpables para el contrario. Me encontraba incómodo, como ellas debieran encontrarse conmigo, no una respecto a la otra, dado que serían amigas e iban juntas, sino las dos frente a mí y contra mí.

Me levanté pensando encontrar un asiento individual libre que me permitiese el cambio. Recorrí el vagón y no hallé ninguno desocupado; pasé al vagón siguiente y tampoco. En cambio, en el tercero había de sobra asientos libres y no solamente los individuales. Estaba casi vacío. En esto, pasó un revisor enmascarado. Le trasladé mi preocupación.

—Mire cómo vamos —le dije señalando el conjunto de cuatro asientos separados por una mesa y mis dos vecinas frente al mío, como si las recriminase a ellas también por encontrarse allí—. En cambio, he visto que en el vagón tercero hay asientos disponibles.

—Allí, desde luego, no puede trasladarse.

Hice un gesto de sorpresa.

—Sí; no puede trasladarse. Ese vagón tiene sus funciones especiales. Está pensado para posibles contagiados. —Y ante mi nuevo asombro, continuó—: Y usted no lo está, ¿no?

—No, yo no, no —repetía; no fuese no ya que me pasaran a ese vagón, sino que me hicieran bajar del tren ante una orden distinta.

Me senté en mi asiento, el único de espaldas a la marcha. El único a contracorriente, y me enfrasqué en la lectura.

Las estaciones pasaban. Me dirigí al vagón cafetería. La cafetería se hallaba cerrada. Nadie tras el mostrador. Una mujer tomaba un bocado traído de casa junto a la barra frente al ventanal. Al verme, se giró dándome la espalda. De modo que tenía que achicar mi estómago y prepararlo, prepararlo para atravesar una larga travesía, algo así como el desierto.

Cuando regresé no había ni rastro de las dos mujeres. Los viajeros se habían ido bajando y la situación era otra; además, el tren había cambiado de rumbo y ahora era yo el único que iba sentado en dirección a la marcha.

Me enfrasqué en la lectura de la novela *El efecto de la luna*, de Simenon, uno de mis autores preferidos. Sus novelas transgreden la vida cotidiana en un paréntesis temporal que, valga la paradoja, se halla fuera del tiempo. Sus protagonistas viven la aventura del vivir dramáticamente; de modo que puede hablarse de un *antes* y un *después* de esa experiencia; experiencia inefable, pues no puede comunicarse con palabras, salvo si esas palabras están dichas en un contexto literario como es la novela de la que les hablo, y es que ya se sabe: la literatura utiliza el lenguaje para decir más de lo que dicen las palabras. Me sumergía en la experiencia transgresora en África de un joven de veintitrés años, Joseph Timar, mientras el tren en el que yo iba subido recorría caminos menos exóticos y harto cotidianos, caminos de hierro. Habíamos dejado atrás Madrid Chamartín, luego Segovia, y, acercándonos a Valladolid, el joven Timar se había enamorado perdidamente de Adèle, la mujer que, junto a su marido, Eugene Renaud, regenta el Hotel Central donde aquel se hospeda. Cuando Thomas, un negro al que Adèle ha golpeado, es encontrado muerto, y Eugene muere de hematuria poco después, Valladolid estación ha quedado atrás. El tren sigue su marcha hacia Palencia. La mirada del joven se estrella contra la figura de Adèle y su vestido de seda negra, bajo el cual se halla el cuerpo desnudo que Timar tan bien conoce y le enloquece, que ama hasta la locura. Timar y Adèle abandonan Libreville y llegan a la Concesión que compran con el dinero de ella y la influencia de él. Timar sabe que Adèle ha matado a Thomas tras pedirle dinero por su silencio al verla salir una noche de su habitación en vida de Eugene. Pero también Bouilloux, el

governador, y otros se han acostado con Adèle, y esto siempre que redundase en mantener el *statu quo*, aun sabiéndolo su marido. Hemos dejado atrás León y nos acercamos a Pola de Lena. Seguirán Mieres, Oviedo y, finalmente, Gijón, fin de viaje, justo cuando mi lectura llega a su fin y percibo cómo a Timar le ha invadido un sentimiento de desarraigo hasta tal punto que se queda sin resuello, como si hubiese notado el impacto de un mar de fondo, como si realmente hubiese sentido el efecto de la luna.

V

GIJÓN

La última parada era Gijón. Un taxi, al que tuve largo rato que esperar, me llevó hasta el comienzo de la calle Ezcurdia, justo una de las manzanas que se hallan enfrente de la playa de San Lorenzo, dado que la calle discurre luego en diagonal en torno a la avenida Rufo García Rendueles. En el recorrido en taxi recordé mis últimas estancias en Gijón, en plena Semana Negra. Entonces me había alojado en el Hotel Don Manuel, el hotel de los escritores, en la calle Linares Rivas, y desde la tercera planta veía las pequeñas embarcaciones atracadas en el puerto deportivo, más allá del perfil de un espléndido palacete, cuya terraza, ahora café y restaurante, lucía veladores de mármol bajo blancas, tersas y cuadradas sombrillas.

El taxista paró junto al número cuatro de la calle Ezcurdia, un antiguo y hermoso inmueble con miradores de madera de color azul añil y ribeteados balcones con decoración clásica de color ocre, como el fuste de una columna a ambos lados y el capitel sobre las dos hojas de la balconada.

En los locales de la planta baja se halla el café teatro el Patio de la Favorita. «Buen entretenimiento para momentos de ocio», pensé mientras pagaba al taxista. El emplazamiento

era inmejorable. «Gracias, Arturo», me dije mientras subía en el ascensor a la planta tercera. ¿Quién no puede hablar bien de las bondades de la amistad? No hace falta ser Cicerón para corroborarlo³. Y si esto me dije nada ver la fachada del inmueble y su emplazamiento frente a la mismísima playa de San Lorenzo, cuando entré en el acogedor y colorista piso no pude sino duplicar mi agradecimiento primero. La vivienda estaba muy bien decorada, empapelada ya en el recibidor y pasillo con franjas verticales de distinto tamaño entre el blanco, celeste, azul, verdoso y ocre; después observé que el color azul era determinante, azul como el mar que teníamos enfrente y cuyo rugir, el rugir del oleaje, tanto le gustaba a Arturo. Pasé al salón. Lo confortable del pavimento de madera continuaba al frente con la madera del mirador y del balcón, y a la derecha con una estupenda estantería, en la que los libros alternaban con bolsos y maletas estilo Louis Vuitton, cuya incitación al viaje no era de desdeñar. «Querido amigo —me dije—, no hace falta que me digas que te has pasado la vida navegando, que te gusta escuchar el sonido del mar a todas horas, ni que tu vida se ha convertido en un estupendo viaje que para sí otros igualmente quisieran. También la literatura ha sido un viaje para mí. He viajado sin necesidad de subir a ningún barco, tren o avión, leyendo y escribiendo, y cuando luego en realidad lo he hecho, he continuado haciéndolo». Todo esto me decía apenas había entrado en el salón y había dejado la maleta junto a mí, casi desde la puerta, frente al mirador, guardando la distancia, una distancia que es siempre conveniente guardar en la vida. Me detuve observando el mobiliario en el que la comodidad reinaba por doquier. Junto al sofá que se hallaba en la parte central de la izquierda, adosada a él, una estupenda *chaise longue* cercana al mirador permitía

3 Cicerón: *Laelius de Amicitia*. (Tratado filosófico sobre la amistad).

el descanso mientras los dos sentidos principales, la vista y el oído, continuaban trabajando sin descanso. Más allá, frente al mirador de la izquierda y el balcón de la derecha, dos sillones de oreja con sus respectivas mesitas auxiliares invitaban a la lectura y a la contemplación. Así, sí se puede descansar de largas navegaciones. Restaba la estantería. Eludo la descripción de los bolsos y maletas, que subrayaban para el visitante que aún no lo hubiese advertido el viaje, y me detengo en los títulos de los libros. «¡Ah! —me dije—. ¿Has pensado en mí o es mera afinidad la que hace que predominen títulos de novelas policíacas, novelas negras y de misterio?». Simenon junto a Agatha Christie. Dos incondicionales. Continué visitando el piso y me dirigí a la pieza que iba a ser mi dormitorio. Pero su descripción queda para otro momento, cómplice lector, mi semejante, mi hermano.

VI

EL RUMOR DEL OLEAJE

No resistí la tentación y me instalé en el dormitorio principal, el dormitorio de Arturo, al menos hasta que llegase mi madre. Luego ya se vería. Podía cedérselo y pasar yo al pequeño. El primero era perfecto para mí; en realidad, era perfecto para muchas cosas, y entre ellas, especialmente, para el amor. Una habitación espléndidamente alargada, con un baño a la izquierda, armarios en la parte central, así como un buen vestidor, una cama de buenas dimensiones a la derecha y, más allá, un estudio con una estupenda mesa escritorio de madera y silla, un silloncito detrás y un estor cubriendo el alargado ventanal; el estor era de color azul inundado de peces oscuros que lo salpicaban como fondo de habitación transmutado mágicamente en fondo de mar. Sí, era suficiente ese telón o cortina para infundir la maravilla del mar en esa habitación de la parte trasera de la casa desde la que no se escuchaba el rumor del oleaje. No sabía entonces que este rumor iba a contaminar la nueva etapa de mi vida.

—¿Ya estás allí, en Gijón? —me preguntó mi madre por teléfono—. ¿No decías que me llevabas contigo? Fíese usted de los hijos.

—He venido a preparar y acondicionar el piso.

—Y yo mientras tanto aquí. ¿No sabes que aquí ocurren cosas raras?

—¿Qué cosas raras pueden ocurrir ahí, en una tranquila Residencia?

—¿Tranquila? Tranquila para ti, que no vives aquí y no la sufres.

—Juan Luis irá a Madrid y te traerá.

—¿Y yo voy a vivir para entonces?

—¿Por qué no vas a vivir?; ¿por la fractura del tobillo?

—No, por las cosas raras que aquí veo o que dejo de ver.

—¿Qué dejas de ver?

—Gente que está en una habitación y, de pronto, la habitación se encuentra vacía y la ocupan residentes nuevos; así no puedes hacer amistad con nadie.

Si alguien era proclive a las relaciones sociales y a las amistades, esa era mi madre.

—No puedes imaginar la sensación que supone para mí desplazarme en la sillita de ruedas si he hecho una amistad, y ahora llamar a la puerta de esa misma habitación y ver a una de las auxiliares haciendo la cama y limpiándola como si allí no hubiese nadie, o mejor, como si allí no hubiese habido nunca nadie, o como si esa persona que hubiese estado allí, hubiera partido hacia no se sabe dónde.

—¿Y no hay nadie?

—Claro que no. Mi amiga, o la que podía haber sido mi amiga, ya no está y entonces tengo que empezar a buscar otra y, en caso de que encuentre esa otra, empezar a entablar amistad desde cero.

—¿Y no te dicen dónde está?

—Nadie me dice nada. El silencio por respuesta. Esta residencia es muy silenciosa.

Siempre mi madre era igual. Las cosas por la tremenda. Lo novelesco ante todo, como una fiel discípula de Agatha Christie.